

Muerte Y liberación de mi abuelo

Mi abuelo tenía fama de excéntrico. Cuando murió dispuso que no hubiera nada religioso. Había sido toda su vida en esta ciudad uno de esos “tipos distintos”. Dejó dicho a la familia, sin embargo, que desde el tanatorio el coche fúnebre le llevara hasta el arco del Rastro y desde allí le paseara a hombros la comitiva, cruzando la ciudad antigua hasta el arco del Mariscal, con dos paradas silenciosas: una en la plaza de la catedral, en la que dejarían el féretro solo en el suelo por espacio de dos minutos frente a la puerta principal del templo. La otra parada la dispuso en la plaza del Mercado Chico, frente a la fachada del ayuntamiento, aquí sin descender al suelo, pero detenido otros dos minutos mirando para el consistorio. El alcalde y el obispo se enteraron y pensaron oponerse, pero como no encontraron razones jurídicas de urgencia, no les quedó más remedio que aguantarse. Desde el ayuntamiento le condujeron a la puerta del Mariscal y cuando hubo salido por ella toda la comitiva, se cumplió su última voluntad. Se detuvieron y en medio del silencio un hombre gritó con toda su fuerza mirando para la muralla: «*De parte de mi padre: ¡¡Ay te quedas símbolo... que ya te vale!!*» e inmediatamente estalló un cohete en el cielo. Le montaron en el coche fúnebre, le quemaron y, como era verano, cuando terminó todo hubo un vino español, tortillas de patata, platitos de revolconas y torreznillos en su honor a la puerta del crematorio, cosa que no gustó a los gestores, que lo asociaron con los botellones y otras cosas del malvivir. Pero tampoco pudo impedirse. Al día siguiente salió en el Diario una esquela sin cruces (que tuvo mucho debate si publicarse o no en el cierre de la edición) donde se decía: «D. Augusto Herráez San Segundo, sobreviviente a pesar de todo. Descansa en paz (sí, en serio, por fin)».

(Publicado en AvilaPluma. Microrrelatos. Avila.2013)